

MI ABUELA PIEDRA

HANNAH YAGÜE ARELLANO

Me gustaría realizar este trabajo a modo de pequeño homenaje a toda una generación de personas que vieron marcadas sus vidas por la guerra civil española y en especial a mi abuela Piedra.

Gracias al sufrimiento, esfuerzo y sacrificio de todos ellos, hoy podemos vivir en esta sociedad el bienestar que nos dejaron y que muy a su pesar, algunos parecen no apreciar.

Mi trabajo se centra en su historia y para ello me he basado en las conversaciones que he mantenido con ella, así como en las preguntas que le he realizado sobre su vida, con motivo de este trabajo.

Esta es su Historia...

Mi Abuela nació en 1931 (tiene 89 años) en un pequeño pueblo de Extremadura, llamado Campanario, la mediana de tres hermanas, creció en el seno de una familia humilde. Su Padre Laureano era conductor militar en el ejército de la República y fue enviado a África por traslado a un acuartelamiento de Melilla de su superior, por lo que pasaba largos periodos de tiempo fuera de casa y su mujer Antonia, ama de casa, madre de mi abuela se quedaba en la península para el cuidado de sus hijas.

La vida en el Pueblo era sencilla, pero muy dura, era gente muy trabajadora sin apenas estudios, muy vinculada al campo; trabajo arduo, exclusivamente manual y poco fructífero. Era verano y la sequía azotaba campos, animales y hombres, amenazando los pocos recursos que tenían los agricultores y ganaderos. Bajo esta pésima estampa, los vecinos en su mayoría muy devotos, vivían bajo la sombra de los "poderosos". Señoritos, terratenientes caciques, de los que dependía el sustento de muchas familias de jornaleros que trabajaban en sus tierras, junto con el Cura, el Alcalde, el Médico y la Guardia Civil, completaban el elenco de notables, bajo su influencia se desarrollaba la vida de su pueblo.

La mayoría de las casas no disponían de luz eléctrica, ni agua corriente, ni aseo como lo conocemos ahora, tenían que ir a la parte trasera de la casa donde estaba la cuadra para hacer sus necesidades, más de una vez, cuenta mi abuela, que tuvieron que salir corriendo porque entraba una "bicha" (expresión utilizada para llamar a una culebra en esas tierras), por el agujero que daba al campo. Se lavaba la ropa en un lavadero de piedra situado en un arroyo

donde se juntaban las mujeres, el agua para beber se recogía en un pozo o del arroyo en tinajas o vasijas que se cargaban a la cadera, cabeza u hombro y en el mejor de los casos a lomos de un burro durante varios kilómetros. Bajo estas duras condiciones vivían, crecían y jugaban los niños y niñas del pueblo, entre ellos mi Abuela, quien a pesar de ello lo recuerda emocionada. Sus recuerdos de la niñez se entrecruzan con los recuerdos de la guerra, y las penurias de la postguerra, pese a ello aún mantiene vivos y alegres muchos recuerdos infantiles.

Los niños eran niños y con su inocencia vivían su situación, mi abuela no era consciente de la dureza de su vida, solo la vivía con normalidad, jugaban todos los niños en la calle, a la gallinita ciega, al escondite, la cuerda, la rayuela, la peonza... un sinfín de juegos que hoy apenas recordamos pero esta vida se truncó cuando se inició la guerra.

El tiempo que estuvo en el colegio lo recuerda con tristeza, regido por una orden religiosa, las monjas tenían potestad para casi cualquier cosa, impartían clase con la máxima de la "letra con sangre entra", las lecciones se aprendían de carrerilla, memorizándolas a ritmo de cancioncillas repetitivas.

Rezos y varazos en la cabeza o las manos, eso era la pedagogía del momento, mi abuela dejó el colegio muy pequeña sin apenas saber leer ni escribir, para trabajar ayudando a su madre y hermanas para poder comer como contaré más adelante.

Las noticias llegaban al pueblo a través de "Transistores" como llamaban a la radio en aquel entonces y que solo los más pudientes tenían. El miedo e incertidumbre pronto se extendió por todos los habitantes, se oían rumores de pueblos y aldeas vecinos y pronto la normalidad cambió por completo, ya se empezaron a comentar quienes eran partidarios de la República y quien no, ya se señalaba a la gente, resurgían entonces pequeñas enemistades o disputas entre vecinos y familias (por lindes de tierra, por que tu hermana se acostó con fulano, por que tus padres eran rojos, verdes o azules) por dispares motivos, muchos de ellos a todas luces ajenos a la Guerra, siendo la política su excusa universal. Tras estas primeras rencillas entre vecinos, el clima se enrareció y fue acrecentándose conforme el ejército sublevado se acercaba desde el Estrecho de Gibraltar y subía por Extremadura colindando con Portugal a pasos agigantados en dirección a la capital.

Pronto le tocó a mi familia, recordemos una mujer sola y tres niñas pequeñas sin el cabeza de familia para protegerlas, comentarios como "¿Su marido está en Africa no?", "¿tu padre ya habrá matado a muchos a que sí?" Ya se le suponía que estaba con el ejército sublevado, las miradas inquisidoras, las impertinencias, el vacío social de gran parte del pueblo, sin embargo algunos las ayudaron como pudieron aunque, eso sí, sin que el resto se enterara, en silencio. El miedo es malo, muy malo, el padre de mi abuela a lo largo de su vida había ayudado a mucha gente y ahora algunos correspondían pero aún así, en estas condiciones las cuatro vivían atemorizadas.

Mientras que el frente de Extremadura iba avanzando y se acercaba a la Serena (conjunto de municipios pertenecientes a la provincia de Badajoz) territorio republicano pero acosado por los nacionales donde se enclava el pueblo de mi abuela, las condiciones se fueron agravando, la gente tenía mucho miedo, otros estaban exaltados y deseosos de combatir. Ya hubo varios arrestados incluidas mujeres supuestamente por ser simpatizantes de los sublevados, la gente se enclaustraba en sus casas, salían poco, hablaban menos, acumulaban y escondían víveres y provisiones por lo que pueda pasar (de ahí la costumbre de muchas personas mayores en la actualidad de acumular y guardar medicinas y alimentos, no es mas que un recuerdo de su pasado de penurias y escasez).

Su madre con las tres niñas pequeñas abandonó su casa en el pueblo y se "trasladó" o mejor dicho huyó aprovechando la oscuridad de la noche a las afueras del mismo a más de 5 Km, a un páramo yermo casi desértico en el que se enclava la Ermita de la Virgen de Piedraescrita (ya sabéis por qué mi abuela tiene ese curioso nombre).

Allí a las afueras del pueblo, solas, las cuatro se mantuvieron a salvo y subsistieron, cuidando las instalaciones de la Virgen con el permiso del cura a cambio de poder cobijarse allí. Con algunos pequeños animales de granja como gallinas, un par de conejos, cogían huevos de paloma del campanario y cultivaron un pequeño huerto. Esporádicamente recibían la ayuda de algún vecino caritativo, que a escondidas les acercaban algún alimento o utensilio.

Mi abuela recuerda la soledad de la ermita, alejada de todo y todos, en lo alto de un cerro, en plena naturaleza, tanto es así que un día cuando estaba dando de comer a unos pollitos recién nacidos un águila se abalanzó sobre ellos y se llevó varios en un abrir y cerrar de ojos entre sus propios pies.

Mientras tanto, por otro lado...

Tras la sublevación de los militares que dio origen a la guerra civil en 1936, a su padre Laureano, le cogió acuartelado en África, concretamente en Melilla, por un traslado de última hora de su superior al que tenía que acompañar como asistente y chófer. Le tocaba permiso para regresar a casa pero se lo denegaron como a todos los militares que allí se encontraban. Los rumores sobre lo que estaba pasando iban y venían y el que más o el que menos ya sabía lo que iba a ocurrir. Para su padre la peor de sus pesadillas una guerra civil. Allí el ejército estaba ya más que curtido en mil batallas según contó, entre panfletos la mayoría de los soldados estaban ansiosos por luchar.

Se inició la guerra y su padre como algunos otros militares republicanos se encontró sin comerlo ni beberlo en el bando sublevado, allí se estilaba la frase "o estás con nosotros o estás en el hoyo". Mientras las tropas empezaban a desplazarse hacia la Península para comenzar la invasión, su padre se tuvo que quedar en uno de los acuartelamientos de Melilla junto a su mando, abrumado por dejar solas a su mujer y tres hijas pequeñas; Inés con 7 años, mi abuela Piedra con 5 y Catalina con 3 años, esta última con retraso mental. Intentó regresar a casa por todos los medios pese a repudiar la guerra y ser un convencido republicano intentó que le

mandaran junto con la mayoría de las tropas a la península, pero no fue posible, no pudo subirse a los aviones italianos que les transportaban, pues su superior tenía orden expresa de permanecer allí.

Desesperado, se pegó un tiro en la mano derecha con el fin de que le rebajaran de servicio y tener más posibilidades de regresar a casa y así fue. Un par de días después, aprovechando su estancia en la enfermería se escapó del cuartel y se metió en un pequeño barco pesquero rumbo a la Península, que pasó desapercibido por los barcos de guerra que estaban bloqueando y vigilando el paso por el Estrecho.

Llegó a la península y por su condición de conductor militar y su uniforme pudo "robar" un vehículo para dirigirse a casa. Pasaron varios días y muchas dificultades hasta conseguirlo, seguía caminos rurales, iba de noche y en varias ocasiones pasó por campamentos y entre tropas sublevadas que avanzaban hacia Badajoz. La voluntad, el ingenio y la suerte le ayudaron a conseguirlo. Ya en el último tramo se quitó el uniforme para ocultar su condición de militar pero conservó su revólver (un 9 largo). Al anochecer del último día llegó al pueblo y tras enterarse de dónde estaba su familia se reencontró con su mujer y sus hijas en la ermita. La alegría fue enorme pero duró poco, cuenta mi abuela, la noticia de su llegada corrió como la pólvora por el pueblo y los milicianos exaltados cuando se enteraron le acusaron de sublevado y el ejército sublevado de traidor y desertor... todo un esperanzador panorama.

Refugiados en la ermita esperaban lo inevitable, pronto algunos milicianos republicanos y varios vecinos armados, fueron a buscarle para darle "el paseillo" (así le llamaban a los asesinatos sumariales que se realizaban tanto por un bando como por el otro). Se presentaron a media noche con un camión en el solitario paraje para buscarle, entre gritos y lágrimas de su mujer e hijas, su padre se lió a tiros con su revólver y ante lo inesperado de la reacción logró hacer huir a sus visitantes a algunos de los cuales "conocía" del pueblo de toda la vida.

Ante la situación, ni corto ni perezoso se dirigió la noche siguiente al pueblo y revólver en mano se presentó en la casa de varios de ellos entrando por la ventana... Se encontraban durmiendo con sus familias, así fue como sin pegar un tiro "convenció" a los incrédulos del bando en el que estaba y de que los dejaran en paz. Se calmaron las cosas por el momento.

Cuando el ejército republicano recibió sus refuerzos para frenar el avance de los sublevados en el valle del río Guadalefra fueron acogidos por mi familia y establecieron campamento en las inmediaciones de la ermita, allí mi abuela recuerda a los soldados que hablaban raro jajaja, eran parte de los brigadistas británicos que acudieron allí para reforzar el frente junto con el ejército regular republicano. Estuvieron varios días, con ellos abasteciéndose de agua y tomando posiciones en agradecimiento algunos de ellos dieron comida enlatada y tabaco a su padre, a mi abuela Piedra le regalaron un cachorro de Bordier colie, de una perrita que llevaban con ellos y que parió allí. Animal admirado por su belleza y nobleza por muchos lugareños por no ser "visto" en Extremadura, dicho cachorro, ojito derecho de mi abuela, le llamaron LEONA por su tamaño y gran pelaje, años más tarde en plena posguerra esta perrita

salvó la vida de mi abuela y sus hermanas, gracias a su ferocidad cuando un visitante nocturno armado con un enorme cuchillo entró en su casa, la perra se abalanzó sobre él y tuvo que huir mal herido.... pero esa es otra historia.

Los sublevados pronto avanzaron y tomaron el valle de Guadalefra y se dirigían hacia Badajoz teniendo que retirarse el ejército republicano rápidamente, su padre nuevamente tuvo que permanecer otra vez escondido, esta vez por la represalia de los ahora llamados "nacionales" que le consideraban un traidor o desertor.

Tuvo que vivir en el páramo, en las inmediaciones de la ermita y ser alimentado de vez en cuando por mi abuela y sus hermanas ya que siendo niñas los nacionales no sospechaban. En varias ocasiones se presentaron allí en su busca y recorrían los campos para encontrarle, al poco tiempo su padre murió debido a las condiciones tan extremas en las que tuvo que vivir.

Su revólver lo dejó escondido en un montón de cal que tenían en medio del patio envuelto en un trapo por si su madre tenía que hacer uso de él así que ahora solas nuevamente en plena Guerra Civil, tuvieron que sobrevivir.

Mi abuela recuerda con miedo en los ojos como tenían que correr campo a través para refugiarse en un pozo vacío por que la aviación italiana lanzaba bombas y ametrallaban el valle, fueron alcanzados el puente que había para cruzar el río Guadalefra y varios búnkeres y trincheras republicanos que allí hicieron. Hubo muchos muertos y desolación tras el avance por el valle. Su pueblo fue ocupado.

En muchas ocasiones cuenta que tenía que correr a esconderse junto con su madre y sus hermanas entre las viñas y la maleza de los campos para que los soldados "moros" no las vieran y las violaran como hicieron en muchos lugares de la comarca.

Según recuerda mi abuela, la represión llegó rápida aún sin acabar la guerra, la apisonadora fascista con su propaganda no tardó en convertir su pueblo en un pueblo "nacional" como hizo con toda España. Rápidamente asumieron la alcaldía y la confianza de los poderosos.

Sus habitantes pese a sus pérdidas materiales y humanas empezaron a asumir la nueva realidad con cierta normalidad, aún antes de haber terminado la guerra.

Una vez finalizada esta, la Iglesia que se postuló notablemente a favor de los "nacionales" y tomó todavía más importancia si cabe en el pueblo, se reconstruyeron rápidamente los edificios religiosos y se les dio nuevos privilegios.

Pese a ello mi abuela junto con sus hermanas y madre fueron "protegidas" por esta al haber sido las encargadas de cuidar la ermita de nuestra señora de Piedraescrita pudiendo así continuar su vida bajo el beneplácito de esta .

Así sobrevivió mi abuela en la postguerra, con una niñez agridulce. Recuerda con pena como se sentaba en el portal de la casa del rico del pueblo junto con otras niñas de su edad y como disimuladamente cogían las miguitas del suelo del pan que se estaban comiendo sus niñas.

Recuerda que robaba por la noche en las viñas uvas y otras frutas para poder comer, como alguna noche se podían acostar con un cuadradito de chocolate y agua para cenar. El chocolate que junto al café y tabaco podían tener porque un primo suyo se dedicaba al estraperlo (contrabando con Portugal) de donde traía estos productos para venderlos aquí.

Escolarizaron nuevamente a mi abuela y sus hermanas en el convento del pueblo pues eran pobres, las monjas no tenían el menor pudor en maltratar a su hermana menor que padecía retraso mental por lo que no tardaron en abandonar el "colegio" como dije sin apenas saber leer ni escribir por que tenían que trabajar para ayudar a su madre, todas menores de 10 años.

Así pasó su niñez y juventud. Mi abuela siempre tuvo inquietudes y pese a no tener estudios aprendió rápidamente a tocar varios instrumentos, entre ellos el laud, la guitarra, el acordeón y las castañuelas, aprendió a cantar y bailar jotas y bailes regionales y eso le sirvió para sobrevivir. El mundo rural en la postguerra ofrecía muy pocas posibilidades para una mujer y menos una niña.

Cuando fue jovencita hablamos de 14 años o así la ingresaron obligatoriamente junto con otros niños y niñas del pueblo en el Frente Juventudes como ella dice (Falange de las JONS) donde pese a su adoctrinamiento ella lo pasaba bien, pues siendo chica participaba en las bandas y coros musicales y en los grupos de bailes regionales. Era una oportunidad de evadirse del resto de problemas cotidianos. Para los niños era una forma de salir de la rutina, comer y estar con otros niños. Bajo esta fórmula, el nuevo régimen fascista adoctrinó en sus ideales a miles de jóvenes, entre ellos a mi abuela.

Recuerda que tal era su inocencia que cuando les hablaban de lo malo que eran los comunistas o rojos, les presentaban como hombres con cuernos y rabo como demonios y con una sonrisa en la boca comenta que todos los niños querían verlos por curiosidad a toda costa.

Cuando hacían algo malo les decían "Eres más malo que Negrín" (recordemos que Juan Negrín fue el último Presidente de la II República).

Mi abuela agraciada físicamente destacó por sus dotes musicales y de bailarina, pues como dije aprendió muy jovencita. La llamaban muchas personas para celebraciones y eventos. También junto con otras agrupaciones de las JOSN celebraban encuentros interprovinciales de bailes regionales en los que en una ocasión me cuenta que llegó a bailar frente al dictador Francisco Franco.

Nuevamente tuvo que dejar su faceta artística y dedicarse junto a su madre y hermana mayor a trabajar en el campo haciendo alfarería, a vendimiar y recoger aceitunas, a coser y bordar para los pudientes del pueblo. En definitiva un sinfín de trabajos para poder comer.

Cuando su madre murió a los 40 años de edad, el pueblo ya no le gustaba y emigró a la gran ciudad, Madrid, aquí tras unos inicios muy duros fue poco a poco encauzando su vida.

Entró muy jovencita a servir, como ella dice, en una casa interna de unos señores a los que aún recuerda como "el señor" o "la señora", después estuvo en varias casas igualmente sirviendo. Así pasaron los años hasta que en 1956 saltó su gran oportunidad, emigrar a otro país como miles de españoles.

Para ello tuvo que pasar por un montón de burocracia y un examen médico exhaustivo ya que si estabas enfermo el país de destino no te dejaba entrar. La dictadura permitía la emigración masculina pero ponía trabas a la femenina, aún así, logró salir del país junto con su prima y emigró a Suiza. Sin saber el idioma y con mucha precariedad laboral consiguió que las contrataran en un hospital en Berna para limpiar, allí pasó en poco tiempo de limpiar estancias y material a atender a enfermos en un principio ayudándoles a vestirse y a andar, lavándoles y dándoles la comida y poco a poco le fueron ofreciendo tareas más sanitarias que ella realizaba lo mejor que podía.

Allí pudo comprobar como la sociedad suiza veía a España como un pueblo atrasado y peligroso, de hecho estaba extendido en Suiza que los hombres españoles eran unos violadores. Cuando en alguna conversación preguntaban de donde era mi abuela pues siendo tan morena y de pelo negro destacaba, ella les decía que era española y solían comentar cosas como "¡UFF! pobrecilla", "Franco Malo ¡EH!".

Allí estuvo trabajando un tiempo, vio como efectivamente en este país te "acogían" pero siempre bajo estricta supervisión y condiciones. No dieras la nota que te mandaban para España a la mínima.

De regreso a España y gracias a una carta de recomendación del Hospital de Berna entró a trabajar en el antiguo Hospital de Atocha en Madrid, hoy conocido por todos como el nuevo Museo REINA SOFÍA de Madrid.

El Hospital provincial de Madrid estaba atendido por médicos y religiosas que según mi abuela mandaban más que los propios médicos en aquel hospital, recuerda a la Madre superiora, comenta, más mala que un demonio, esa sí que hacía justicia al refrán "a Dios rogando y con el mazo dando", sin embargo no todas eran así. Cayó en gracia de una, Sor María que empezó a enseñarle verdaderas labores de enfermería, poco a poco y gracias a su esfuerzo pasó de apenas saber leer y escribir a trabajar de enfermera en el Hospital.

Allí con el trabajo duro y agotador y el contacto directo con tanto enfermo cayó mala de tuberculosis, enfermedad que se daba mucho en la España de la Postguerra y que iba asociada con la pobreza.

Fue tratada allí mismo y pudo recuperarse en poco tiempo, aunque trabajaba muchísimo, empezó a conocer gente y pasarlo bien, me cuenta como anécdota entre risas que cuando

tenían tiempo de descanso dentro del hospital se sentaba con otras compañeras colgando los pies descalzos de las inmensas ventanas enrejadas de la fachada exterior que daban a la Plaza de Atocha y que aún hoy día se conservan en la estructura del edificio, desde allí, lanzaban miguitas de pan a los viandantes que pasaban por debajo, la gente las miraba y decían pobrecitas tan jóvenes ¡HAY HAY....!

Pero me explicó que el hospital tenía un ala de psiquiatría y la gente lo conocía mucho por eso y creían que eran enfermas mentales, de ahí lo de "pobrecitas" y que no se enfadaran.

Empezó a salir ya por las tardes a la calle ya como una señorita, con compañeras-amigas eso si, bajo la estricta mirada de la madre superiora.

Así conoció a mi abuelo,el también empezó a trabajar por aquel entonces en otro hospital. Después de unos cuantos años decidieron casarse, su luna de miel la pasaron en una Pensión en Madrid, no tenían para más, pero pudieron hipotecarse en la compra de un pisito diminuto en un edificio con el baño en el pasillo de de las escaleras exteriores y compartido con otros vecinos, allí pasaron los años y tuvieron a mi padre.

Años después pudieron comprarse el piso en el que hoy viven,las primeras vacaciones que tuvieron fueron casi a los 45 años a edad y fue con su hijo a la playa de Torre del Mar Málaga.

Mi abuela dejó de trabajar en el hospital obligada por el machismo imperante en aquella época en la sociedad donde el roll de la mujer era el de ama de casa y más concretamente el de mi abuelo que veía mal que trabajara y saliera con otras enfermeras y médicos... eran otros tiempos.

Tras la muerte de Franco, 1975 sintieron un gran alivio y a la vez desconfianza por quien asumiría su puesto tras su muerte por eso las primeras elecciones de 1977 fueron una tragicomedia para ellos, mi abuela cuenta que no sabían a quien votar tenían miedo, un hermano de mi abuelo militó clandestinamente en el partido comunista y fue encarcelado, ellos querían votar al partido socialista pero tenían miedo real de que las elecciones fueran solo un escaparate y que siguieran los de siempre gobernando. Incluso creían que el voto no iba a ser secreto que de algún modo sabrían a quien habrías votado y que habría repercusiones, eso tenían en la cabeza y votaron a la persona mas visible y reconocida de la época a Adolfo Suarez y su partido UCD, que parecía más formal según mi abuela, otro partido que se presentó fue AP (Alianza Popular) de Manuel FRAGA, al que no podían ni ver según me cuentan por su arrogancia y despotismo y su estrecha relación con el Dictador, no en vano fue uno de sus ministros.

Durante la dictadura, fueron personas temerosas que vivieron su vida sin meterse en política, el miedo aún rondaba en sus corazones, no blasfemaban pues estaba muy mal visto, el clero tenía gran influencia en la sociedad y se seguían la normas a rajatabla por el miedo a las consecuencias.

Durante la Transición cuentan que tenían mucho respeto a la policía y la Guardia Civil que no eran muy bien vistas por gran parte de la ciudadanía, sin embargo, otros, me cuenta, parecían disfrutar con sus actos represivos, la gente se andaba con cuidado con los comentarios que hacía.

"El 23 F" Durante el intento de golpe de estado de Tejero mi abuela pasó mucho miedo, ella se enteró de la noticia en la calle llevando de la mano a su hijo, se lo contó un vecino que lo estaban diciendo en la radio y dice que corrieron a casa a poner la televisión y la radio, esos días lo pasaron pegados al televisor, la radio, y la prensa, le vinieron recuerdos de su infancia y juventud y temieron tener que pasar de nuevo por aquello, temieron de nuevo una guerra civil. Cuando ya se dio por sentado que aquello fracasó sintieron un infinito descanso.

Durante su vida fue muy trabajadora y cumplió con las normas sociales impuestas en todo momento, por las circunstancias que le tocó vivir, tanto por su trabajo como por ella misma siempre intentó ayudar a todo el mundo ganándose la amistad de compañeros, familiares, amigos y vecinos. Un ejemplo para mi familia y por supuesto para mi.

A día de hoy se encuentra ya muy mayor y malita pero aún sigue recordando cosas de su infancia y juventud, cosas que tenemos el deber de recordar y la obligación de evitar.

Esto vivió mi abuela y así es como lo cuento.

FIN.